
El sujeto inaudito

Breve diálogo sobre la diferencia sexual

Alessandra Bocchetti y Bia Sarasini

Bia: En estos años activos y fatigosos, nosotras las mujeres descubrimos que éramos diferentes. Remoto y extravagante, diría, nos parece el deseo de igualdad, que sin embargo en el pasado ha sido un estímulo poderoso para muchas de nosotras. Y es de esto que me gustaría discutir contigo, Alessandra, del camino recorrido en la diferencia.

Alessandra: Creo que las mujeres siempre han hecho un recorrido en la diferencia, esto porque no se puede emprender ningún recorrido fuera de la propia historia. La igualdad entre los sexos como objetivo, hoy diría como utopía, era fruto de una pobreza de espacio de sentido. Si pensamos que existe el hombre y existe la mujer así como el hombre la imagina y le pide que sea, una mujer que pide otra cosa sólo puede tender al deseo de convertirse en un hombre a los ojos del mundo, y a sus propios ojos. Porque si la diferencia es la establecida por el pensamiento y el deseo de los hombres, si la diferencia es en negativo y nosotras aceptamos de alguna manera ser esta diferencia, no tenemos espacio para salir de nuestra condición sino en un movimiento, imposible en la realidad pero fantaseado, de progresiva asimilación a la condición masculina. Pero si la mujer halla el modo de imaginarse a sí misma, de pensarse a sí misma, y de ser soberana de su diferencia, este régimen de escasez de sentido se interrumpe. Si no se reconoce mujer, obediente al sentido de los hombres, no por esto se pensará ni se querrá hombre, y empezará así a construir su ser sujeto en su diferencia. Por eso te decía que las mujeres siempre han estado en la diferencia, sólo que le han cambiado de signo, de negativo a positivo, de límite a espacio para sentidos nuevos.

Bia: Estoy de acuerdo. El deseo de igualdad que, conviene recordarlo, se manifestó como una instancia profunda de justicia, llevaba en realidad a la imitación del hombre, al aplastamiento de lo femenino bajo lo masculino. Es esta la tragedia, creo, de la emancipación: de algún modo es la mujer la que se pierde en ese camino, y recuperar el espacio de lo femenino en la propia vida ha sido y es una operación dolorosa y no siempre lograda, para las mujeres que de este modo hallaron la posibilidad de expresarse. Y sin disminuir el valor profundo del proyecto de igualdad, el movimiento institutivo, diría, del sujeto-mujer, me parece inútil repetir cuanto has dicho.

Una pregunta importante para mí es esta: ¿qué sucedió cuando se empezó a cambiar de signo, a hacer lo femenino, que parecía como el lugar de nuestra dependencia, el espacio, y aquí uso tu expresión, de nuestra soberanía? ¿A qué proceso le hemos dado vida?

Si no reconstruyo mal, por cierto esquematizando mucho la riqueza de las prácticas de los años pasados, nos hemos vuelto a mirarnos a nosotras mismas, adoptando al menos dos modalidades. Por un lado, atribuyéndole valor a toda la esfera de lo femenino, por el otro, llevando a la luz las diferencias entre nosotras las mujeres. Se trata de un proceso complejo, donde se entrelazan estrechamente fuerza y debilidad a la vez. De este proceso, me parece, derivó un nuevo espesor al hablar y teorizar sobre la diferencia sexual.

Alessandra: Yo no diría que hemos atribuido valor a toda la esfera de lo femenino, le estamos atribuyendo sentido, un sentido diferente, no valor. Lo que denominamos toma de conciencia nos pone, a lo sumo, frente a la pobreza de nuestra historia, al sentido de disvalor que ocupa nuestra figura. Pero es esa toma de conciencia la que da valor porque nos coloca inmediatamente en una perspectiva de producción de pensamiento, abre un espacio teórico, de conocimiento. En suma, es preciso descubrirse carentes de valor, me refiero al valor social, para empezar a *construirnos a nosotras mismas en valor*; para llegar a la fuerza se debe pasar por la conciencia de la debilidad.

Luego, a propósito de lo "femenino", a decir verdad, no sé bien qué es. Trato de usar esa expresión lo menos posible. Tengo miedo de que se pueda entender en sentido absoluto, como sentido absoluto, fuera de la historia y por lo tanto inmutable, muy

emparentada con el "eterno femenino" del que me siento a mil millas de distancia. Lo femenino ha parecido eterno porque ha estado investido del mismo sentido por siglos y siglos, pero el sentido puede cambiar. Y es este el proceso al que hemos dado vida, un proceso de construcción de sentido, de atribución de sentidos nuevos a la figura de la mujer, a sus sentimientos, a sus infelicidades, a sus goces, a la historia de sus madres, a su ser en el mundo. Todo esto es la tarea que nos hemos asignado cuando las mujeres nos dirigimos a nosotras mismas la pregunta "¿Qué es una mujer?". Podría parecer una paradoja, pero en cambio es una pregunta inaugural. Inaugura una *economía de distancia* de los sentidos que hasta ahora nos han definido, de lo obvio que ha construido nuestra figura. De este modo venimos a afirmar que en lo que en nuestro estar en el mundo parece *evidente*, lo que suele definirse como nuestra "dimensión natural", hay sentidos ocultos que se deben descubrir si, y sólo si, somos nosotras las mujeres las que iniciamos esta investigación. ¿Cuáles *discursos inconscientes* están ocultos en el amor materno, en el exceso de sentimentalismo, en el silencio, en los jaques? Hoy nos planteamos estas preguntas y de este modo nos alejamos, entramos en una *dimensión de distanciamiento* de esos sentidos que hasta hoy nos han explicado, nos han dado límites. Buscamos otros límites, otros confines.

Hasta el día de hoy las mujeres nunca han producido una definición de sí, y hace muy poco que comenzaron a producir conocimiento sobre sí; por largo tiempo han sido objeto de conocimiento, nunca sujeto. Es la construcción de este sujeto lo que hemos emprendido, operación que podría parecer de un egoísmo grandísimo, una operación de sector, es decir, concerniente sólo a las mujeres, pero que en cambio tiene que ver con el mundo, con las relaciones humanas, los hombres, la filosofía, la ciencia. Es ridículo pensar que la redefinición de la figura de la mujer no perturbe todo el resto. La mujer *objeto* de pensamiento permitió una representación del mundo que produjo cierto tipo de realidad. La mujer *sujeto* de pensamiento abre otro escenario que producirá una realidad diferente. No me preguntes cuál, porque no lo sé. Sólo sé que este "desplazamiento" no es una operación de mejoría civil, no es una operación pacífica, ni indolora, ni siquiera para las mujeres. La conciencia de ser ajenas es difícil de asumir. ¿No te parece? Y sin embargo, es la única posición de fuerza.

Bia: La condición de ajenas sin duda acarrea una difícil conciencia. Pero antes de proseguir con este argumento, desearía volver al tema del disvalor, de la falta de sentido; adquisición a la que hemos llegado, me parece, mediante la "toma de conciencia" de nuestra opresión histórica. Considero indispensable tener claro este pasaje, del terreno de las relaciones sociales al mundo de los significados y de los valores; y no sólo por un escrúpulo de filología histórica, sino para poder analizar cumplidamente el proceso de formación de la investigación teórica de las mujeres. La conciencia de la opresión llevó a la representación de sí como *víctimas*, y ésta ha sido en realidad la primera identidad colectiva. Identidad, innecesario destacarlo, absolutamente intolerable, y sin embargo la única en inmediata disposición. Sólo si esto está claro se comprenden las relaciones difíciles y a menudo borrascosas entre los grupos de mujeres, sobre todo en los primeros años del movimiento. Es casi insostenible reflejarse en las semejantes, víctimas/subalternas. Nacieron así rencores, envidias, celos, las divisiones típicas de las microáreas del poder dislocado. Ha sido como vivir a plena luz, bajo los reflectores, las vicisitudes de la familia patriarcal, las intrincadas relaciones entre suegras y nueras. Para hacer habitable "el mundo común de las mujeres" ha sido necesario separarse completamente del mundo de los hombres; abolir, o mejor, poner en suspenso las relaciones, los significados que provenían de aquella parte. Mirarnos a nosotras mismas, escucharnos: o asumir uno de los polos de la diferencia sexual, el nuestro, como único referente. Por esto, creo, conceptos como "opresión", definiciones como "víctima", a nuestros ojos han perdido contornos y significado. Pero hoy me parece necesario volver a hablar del asunto. Considero que en el trabajo por la construcción de una identidad colectiva de las mujeres que sea valorizadora, fuerte, determinada, se deben retomar las cuestiones que voluntariamente fueron dejadas en suspenso. Me parece una exigencia que proviene ante todo de la vida cotidiana de las mujeres. Las tensiones anteriormente descritas se reproponen ahora no más en el aislamiento "metodológico" de los grupos, pequeños núcleos de experimentación a veces demasiado riesgosa, sino en la común vida social, en los lugares de trabajo, por ejemplo.

En lo que concierne a masculino/femenino, desearía aclarar que para mí se trata de estereotipos, y los uso deliberadamente, en tanto

tales, dado que entiendo que actúan más allá de nuestras intenciones. El eterno femenino, por ejemplo, se me presenta como una caja, en la que tengo curiosidad de mirar, con la sospecha de que encontraré no sólo gran parte de los pensamientos que han descrito a las mujeres como objeto de discurso, sino también algunos de esos *discursos inconscientes* que tú, y todas nosotras, buscamos en la historia de las mujeres. Y aquí llego a la difícil conciencia de la condición de ajenas. Desearía precisar.

La condición de ajenas de la que tomamos conciencia, para mí, no es la de lo “totalmente distinto”, esa *otredad* que el pensamiento masculino atribuía a la mujer, para fundarse a sí mismo.

Esta otredad nos priva de historia, nos coloca en una especie de vacío neumático: verdaderas nonatas, inaferrables simulacros que atraviesan la historia. La condición de ajenas que nos concierne me parece que se puede describir con esta imagen: hay una tela, tejida hace tiempo, pero modelada según formas que nos resultan totalmente inaceptables, justamente ajenas. En suma, no veo otro camino que sumergirse en lo que hay, y remodelarlo, o mejor, *formarlo* de nuevo. Esto me parece un aspecto esencial del recorrido en la diferencia. ¿Y tú que piensas?

Alessandra: Cada vez que hablo de la condición de ajenas comprendo que suscito una especie de espanto. Yo hablo de un sentirse/hacerse ajenas a los sentidos que nos han definido hasta ahora y esto, al escucharse, es recibido de inmediato como una invitación a salir del mundo, como si esto fuera posible y fácil. Esto se repite tan a menudo que me he preguntado si la exclusión que nosotras las mujeres hemos sufrido por la producción de sentido y por el poder ha sido tan perfecta que fabricó en nuestra cabeza una imagen de nosotras en verdad fuera del mundo; y también me he preguntado, en consecuencia, qué grado de soledad ha sufrido quien tiene este temor. La condición de ajenas es recibida de inmediato como un cerrarse, como un renunciamiento a las palabras, a los hechos y a los efectos, en suma, como un gesto noble pero suicida.

Digo esto porque tú también has sentido un poco este temor, me parece. ¿Qué deseas salvar con tu imagen de la tela? ¿Con tu invitación a “remodelar” lo que hay? ¿Qué es lo que hay? Tal vez pienses que no es verdad que las mujeres carecen de historia. En cambio, yo lo creo. La historia nunca es contemporánea de los acon-

tecimientos que narra, está condenada a la actualidad. Existe historia sólo cuando el presente se reconoce en ella, en ella se siente indicado sólo cuando sirve a alguno con urgencia. Sólo hoy empezamos a construir la historia de las mujeres, porque nosotras las mujeres tenemos hoy necesidad de nuestra historia, porque la historia, la historia "neutra", no logra narrarnos, y porque nos hallamos en un proceso de construcción, y no se puede construir en el vacío.

¿Acaso no es cierto que hemos estado largamente en un vacío neumático? Quien se mueve en el deseo de otro, sin saber definir los propios deseos, se encuentra en un vacío neumático. Es la miseria más grande. Sólo hoy salimos de ese vacío al empezar a construir nuestros deseos y reconociendo la medida de la distancia del deseo de otro.

Nuestro cuerpo también ha sido un simulacro hasta que empezamos a interrogarlo. ¿Y basta interrogarlo? ¡Cuántas veces he luchado con el simulacro de la madre buena en la relación con mis hijos, con el simulacro de la amante perfecta, de la esposa ideal, de la hija obediente! Cuántas veces dije un sí que hubiese deseado ser un no, en nombre no de una necesidad real sino de un simulacro. Pero tal vez lo que más asuste en la afirmación de la condición de ajenas es la sospecha de repetir la historia de los hombres, como si esto fuera posible, es decir, fundar nuestra presencia en el mundo mediante la exclusión del otro. Pero es un hecho que la condición de ajenos que los hombres declararon como fundamento de su identidad fundó en consecuencia *nuestra* condición de ajenas. Y dado que las ideas no están alejadas de los cuerpos, esta idea de la distancia entre lo masculino y lo femenino ha servido: separó a los hombres de las mujeres, definió las tareas de cada uno, los lugares posibles, los discursos, los sentimientos de competencia; determinó capacidades, especialidades e historias diferentes. La exclusión de las mujeres ha sido perfecta. Si el ángel benjaminiano de la historia es impulsado siempre hacia adelante por una tempestad de viento y no puede detenerse a remediar los deterioros de la historia y sólo puede mirar asustado, el ángel de la historia de las mujeres está petrificado por el silencio, inmóvil, suspendido, hasta que las mujeres desanuden las cuerdas invisibles que lo retienen, dando sentido a lo que parece una no historia, haciendo hablar finalmente a la condición de ajenas.

Nuestra condición de ajenas no es una elección, no estamos eligiendo ser ajenas, lo estamos descubriendo, es un descubrimiento. Para nosotras es la caída de una ilusión de comunidad, de cercanía, de saber común, de historia común. Es el descubrimiento, si quieres, de una soledad, pero es también el descubrimiento de vacíos a colmar, que nos pone en producción de pensamiento, saber, historia...

En los debates en los que de tanto en tanto me toca participar, a propósito de estos discursos míos sobre la condición de ajenas, se reitera siempre una pregunta ansiosa: si yo deseo renunciar a la denominada "confrontación con los hombres en el plano cultural", lo que sería un verdadero pecado, un verdadero signo de debilidad. Esta pregunta tiene el poder de ponerme nerviosa como ninguna otra, porque parece que esa confrontación siempre hubiera existido, que hubiese dado frutos magníficos y que ahora sería necesario decidirse a suspenderla, no se sabe bien por qué. Yo respondo que la confrontación nunca existió, porque un pleno masculino no desea confrontarse con un vacío femenino; si el pleno me piensa vacío no se entiende por qué debería tener interés en confrontarse conmigo aunque yo me piense como pleno. Para no hablar luego de cuando el vacío se piensa como vacío, entonces tiene al pleno un gran miedo, mezclado con una gran sujeción y sabiamente rehuye la confrontación.

Esto para decir que la confrontación sólo puede producirse entre dos plenos que se reconocen como tales, los dos, en la *recíproca diferencia*, es decir que la "confrontación con los hombres en el plano cultural" puede verificarse sólo mediante el pleno de la producción de *saber sexuado* de las mujeres y por la seguridad que esta producción les da. Sólo hoy empieza verdaderamente a ser posible esta confrontación, y ella está en las ideas, o sea que existe, aunque sea absurda, pero no tanto, a ninguno le importa hacerla; existe más allá de las buenas voluntades o de las resistencias individuales. Para mí la condición de ajenas, o mejor, la conciencia de la condición de ajenas, signa una entrada en el mundo, y no una salida.

Bia: Como tal vez sea inevitable, en un diálogo, me parece que ha llegado el momento de hacer aclaraciones, de precisar los discursos, de determinar el contexto al que hacemos referencia. Digo esto a propósito de la condición de ajenas, porque pienso que los disensos deben estar absolutamente desprovistos de equívocos. Tú me hablas

de miedo: pero yo no entiendo cuál es la condición de ajena que debería asustarme. No se trata de temores, para mí, sino de determinar “qué discurso se está haciendo”, dado que mi perplejidad nace de lo que me parece una confusión de niveles. Intentaré explicarme. Sostengo: la condición de ajenas que nos concierne no es la de lo *totalmente otro*. Sostengo esto porque me parece que esta modalidad del pensamiento masculino, en su desarrollo, prevé ya un espacio vacío, el de la otredad justamente, y en este espacio iría yo a colocarme. Me parece que esto tiene al menos dos consecuencias: en primer lugar el pensamiento de mí pensante, mujer-sujeto quiero decir, se situaría en el espacio del pensamiento pensado por el otro. En segundo lugar, confirmaría así la universalidad del pensamiento del otro, pensamiento que ha pensado el espacio desde el cual me es posible pensar. Yo no deseo ocupar, ni siquiera como sujeto autónomo, el espacio que me ha sido atribuido, que me prevé desde siempre. Ese discurso, ese nombrarme “otro” no me concierne, no me nombra. Es justamente esto lo que crea el simulacro, ese lugar es en realidad un vacío neumático. Yo —yo mujer naturalmente—, no sé cuál es mi espacio. Y es esto lo que funda, y de modo radical, nuestra condición de ajenas.

Pero hay otros temas que se deben rever. Uno de éstos es el vínculo que existe entre hombre y mujer; un vínculo tenaz, en el plano de lo real; tal vez opuesto, a nivel de lo imaginario, donde masculino y femenino presentan la máxima división posible. Vínculo que ha asumido la forma de la opresión del hombre sobre la mujer. Es curioso notar cómo la progresiva construcción de un sujeto femenino fuerte puso en sombras adquisiciones importantes, como la explotación, el ocultamiento de la presencia de la mujer en el tejido social. Y en verdad es esto lo que desearía entender, las relaciones que existen entre estos tres aspectos: opresión, condición de ajenas, sujeto fuerte. Dado que por cierto no deseo, creo que ninguna de nosotras lo desea, volver a reconocermme como víctima; en cambio quiero comprender en qué medida estos aspectos son pertinentes al tema central, la diferencia sexual.

Opresión es el primer descubrimiento después de la toma de conciencia, la definición de la condición femenina, y abarca al menos dos movimientos: la angustia al descubrirse asimiladas a las víctimas de la historia, la nueva voluntad de lucha después de las de-

cepciones tras las primeras acciones fundadas en un genérico deseo de justicia. *Condición de ajenas* me parece el movimiento sucesivo, cuando se develaron al menos dos mecanismos: ante todo el constante y sistemático ocultamiento de la presencia femenina real, diría material, del increíble aporte de las mujeres para “mantener unido al mundo”, y aquí pienso por ejemplo en los resultados de las numerosísimas investigaciones sobre trabajo y producción doméstica, en las diversas sociedades. Se reveló luego la falsa verdad del discurso construido sobre la mujer por parte del hombre, que ocultando su presencia real le atribuye el puesto de la otredad. Me parece que la conciencia de la condición de ajenas surge de estas constataciones, que confieren espesor e impiden una visión unilateral. Yo soy ajena no sólo porque rechazo el espacio que me prevé, sino también porque tengo conocimiento de mi actividad ocultada, totalmente sin espacio, sin nombre. Pero no es posible sostener que el paso a la fundación del sujeto-mujer sea un movimiento sucesivo, del todo inevitable. Se debe recurrir, en cambio, a la imagen de un desplazamiento, o de un derribamiento. Se trata de un terreno nuevo, de un nuevo punto de vista después de haber “cerrado” deliberadamente la línea del confín con el mundo masculino.

Pero es necesario aclarar cómo confluyen todos los aspectos considerados hasta ahora. Nos movemos en efecto sobre diversos niveles y no es sencillo examinar todo posible entrelazamiento. Acto de un sujeto pensante, de la mujer consciente de la diferencia sexual, el desplazamiento se ubica a un nivel de abstracción en la esfera de los significados y de los símbolos. O, cuando con un acto imperioso de abstracción pura, se dice que sólo hoy se habla, como mujeres; que las palabras que hoy decimos, dichas por el sujeto mujer, son palabras que construyen un sentido nuevo, se realiza una operación necesaria. Pero es preciso preguntarse, al menos yo lo pregunto, en qué relación se ponen estas palabras “nuevas” con las palabras ya dichas por las mujeres, en su experiencia de relación con el hombre, esa experiencia que por último se ha iluminado por la conciencia de la opresión y de la condición de ajenas.

Son dos planos diferentes, me parece. Por un lado un nivel abstracto, teórico, que es también, por coherencia interna, ajeno a los procesos, al sucederse de los acontecimientos. Por otro lado, un hacerse, un devenir que ha hecho posible esta abstracción de la que

parecían hasta ahora incapaces las mujeres. ¿Cuántas veces hemos lamentado la ausencia de mujeres filósofas? Y este hacerse, del sujeto-mujer, recoge ese material, ese depósito de experiencia femenina que se ha acumulado en el curso del tiempo. Este es el sentido de la imagen de la tela: se trata de darle forma a un material en parte ya existente.

En lo que concierne a lo vacío y a lo pleno, por cierto eso es lo que parece, en el discurso construido por los hombres sobre las mujeres. Examinado en su interior, resultan evidentes las numerosas contradicciones, o el espacio de lo masculino se revela falso, cobertura de lagunas y de incertidumbres, al menos cuanto es de falso el espacio atribuido a lo femenino. No creo necesario reproponer esta relación, poner una nueva *totalidad* junto a una ya consumada.

Pensar la diferencia sexual hoy, por parte de las mujeres, me parece ante todo recoger los pasajes sucesivos: opresión, condición de ajenas, sujeto. La fuerza, práctica y teórica diría, encerrada en esta experiencia, hace posible la elaboración de una diversidad real, que comprenda el reconocimiento de las diversas debilidades. Tal vez sea necesario pensar la diferencia sexual, justamente para construir un sujeto capaz de manejar esta relación. En la imagen de un pleno junto a otro pleno hay algo terrible: ¿qué podrían decirse?

Justamente por esto, como tú dices, la condición de ajenas me parece un modo para entrar en el mundo. Pero, como ves, en un proceso que no se parece al que tú describes.

Alessandra: No sé qué se tienen que decir un pleno y otro pleno. Esa es la última de mis preocupaciones. Pero sé que un pleno y otro pleno deben tener una capacidad de escucha recíproca, una espera mutua.

Cuando hablo de pleno, hablo de un sujeto que se da valor y al cual ese valor le es reconocido y tiene un estatuto de existencia en su diferencia. Pero deseo aclarar este “darse valor”, porque la altisonancia de la expresión podría generar equívocos.

Se da valor, para mí, aquel sujeto que no debe olvidar la propia identidad sexual para vivir. Me causa siempre cierto malestar oír que una mujer dice ser primero una persona y luego una mujer, porque sé, como lo sabe ella si logra ser profundamente sincera, que se está negando, que está negando su historia. Luego, esa acrobacia es inútil. Ciertamente, ella podrá afirmar que es una persona, pero

sólo a los ojos de los hombres, porque es a ellos a quienes se dirige una frase de ese estilo aunque estén ausentes, y ella seguirá siendo siempre mujer. Esto porque los hombres, al no tener ninguna necesidad de olvidar la propia identidad sexual, no imaginan que algún otro pueda hacerlo; este olvido no incrementaría la idea de valor que poseen de sí, por el contrario, la disminuiría.

De aquí que la mujer se convertirá en un pleno —que fea esta expresión, pero ya es demasiado tarde para cambiarla— cuando se sienta empobrecida por la sustracción de su identidad sexual. Y de hecho hoy empieza a ser así.

Yo pienso este pleno como una totalidad. El sujeto mujer no puede imaginarse total como por largo tiempo ha hecho el hombre con el sujeto hombre.

La palabra de las mujeres, que nace de la asunción del pensamiento de la diferencia sexual, de la conciencia del cuerpo sexuado, es demasiado materialista para una ilusión del estilo. Debemos abandonar varios conceptos que han hecho la historia del pensamiento occidental a causa de esta materialidad que nos permite hablar; o mejor, pulverizar varios conceptos por medio de la radicalidad crítica del pensamiento de la diferencia sexual, o cambiarán de sentido y se producirán otros. Yo sé, por ejemplo, que para hacer mi filosofía no podré alejarme demasiado de la vida. No me es posible ninguna metafísica. Por ejemplo, no podré plantearme nunca el problema de *ser* del sujeto, a lo sumo de su *existencia*. El ser del sujeto es una imagen tan abstracta, una imagen de soberana soledad, que alude a una totalidad, no por azar “ser” es una palabra que significa también Dios. La *existencia del sujeto* me parece en cambio una imagen llena de materia; no hipotetiza un sujeto en soledad, alude a las tantas dependencias de las necesidades, de los deseos, no hace olvidar el hambre, la sed, la necesidad de amor que crea vínculos, ni el odio ni la envidia. En la palabra existencia está más presente la vida material; a las mujeres no puede sino faltarles la alucinación del ser. De este punto de vista deberemos producir un nuevo concepto de libertad, de autonomía, de límite, de poder... Nos espera un trabajo inmenso.

No creo, como piensas tú, que sea “un acto imperioso de abstracción pura” decir que sólo hoy hablan las mujeres. Sólo hoy hablan las mujeres porque sólo hoy se buscan, se buscan a sí mismas; y las palabras que produzca esa búsqueda nunca podrán ser abstrac-

tas porque no proceden del olvido del cuerpo y de la historia que en él está inscrita. Por otra parte, la filosofía, creo, no es abstraerse de la vida sino sólo plantarse de cierto modo respecto de ella. No hay filosofía sin vida, sin vida no hay pensamiento.

Si los hombres han producido pensamiento abstracto es porque delegaron a las mujeres, esos cuerpos tan vecinos y lejanos a ellos, la representación y el manejo de su materialidad. Pero las mujeres, ¿a quién podían delegar todo eso? Y aun cuando fuese posible asignar a alguien esa tarea, ¿cómo olvidar la propia historia? ¿Cómo olvidar que por largo tiempo las mujeres han mirado pasar la historia como se ven pasar las estaciones, tratando de salvarse a sí mismas y a los seres amados de la desventura de la violencia, del hambre, del frío, de la suciedad?

El pensamiento de las mujeres es tan poco abstracto que no logra hallar grandes ideales a perseguir, procede del egoísmo más estrecho: yo sé que deseo cambiar mi vida y que mi vida no podrá cambiar si no cambia la vida de las otras mujeres. Deseo situarme en un universo de sentido diferente: no quiero que a mi hijo se le llenen los ojos de lágrimas porque alguno le dice que tiene una camisa de mujer, con el cuello redondo, porque su amor por mí (del que estoy segura, junto a sus lágrimas que no puedo dejar de ver), hacen perversa nuestra relación. Esto es lo que logro responderle a quien me pregunta cuáles son los ideales que persigo hoy como mujer.

Tú dices que nos hemos lamentado de la ausencia de mujeres filósofas, es cierto, y sin embargo, alguna ha habido, y nunca hablaron de las mujeres.¹ Piensa en Simone Weil, en Hanna Arendt; ni una ni otra hacen referencia a la existencia de las mujeres, a su trabajo "oscuro", justamente ellas que habían hablado con pasión de la opresión, de la pérdida de sí, de la desventura, de la figura de paria, de la búsqueda necesaria de espacios de libertad. Hoy nos parece enorme este olvido por parte de ellas, ¡pero qué imbécil sonaría todo posible reproche! Sólo mediante este olvido han podido salir

¹ Al releer estas líneas... justamente uso el pasado próximo. Hoy numerosas mujeres están ocupadas en la investigación filosófica relativa al tema de la diferencia sexual. Entre todas, fue Luce Irigaray quien abrió el discurso y la quiero nombrar aquí como homenaje y por afecto.

de las reglas, de los juegos de los pequeños ámbitos a los que su cuerpo de mujer las hubiese obligado. Olvidar el propio cuerpo sexuado y su historia ha sido, por largo tiempo, la regla que hizo posible el pensamiento, la regla trágica para las mujeres, sólo las inteligencias más extraordinarias lograron dejar rastros de sí. (Un exceso: Simone Weil se construyó un cuerpo repugnante, y esa repugnancia, tan tenazmente perseguida, representaba a sus ojos la garantía para un diálogo verdadero, para poder creer inocentes las palabras que le eran dirigidas. Para comunicar pensamiento y para ser objeto de esta comunicación no podía sino arruinar ese simulacro que la historia había hecho de su cuerpo.) Yo lamento con rabia la inteligencia de ellas. Si sólo hubiesen podido ver a las mujeres y reconocer en sí mismas la más profunda raíz de su pasión, estaríamos mucho más adelante no sólo en el conocimiento, que no puede ser nunca un fin, sino en el amor de sí, del cual el conocimiento es un efecto. Eran mujeres pero no hablaron como mujeres, no asumieron su diferencia sexual, no podían hacer otra cosa, la olvidaron, aun cuando su ser de mujeres terminó por hablar indirectamente en su particular pasión por la injusticia, en la búsqueda de sí, en las formas de escritura. ¿Te parece abstracto decir esto?

¿Pero tal vez ese hablar indirectamente sea esa acumulación de la que hablas tú con tu imagen de la tela? Pero, mira, pienso que no existe acumulación si no hay quien sea capaz de descubrirla. Hoy sé que Simone Weil habló también para mí, mujer, sólo porque estoy buscándome a mí misma. Soy yo quien va a ella. Y esta búsqueda de mí misma me es permitida sólo por una *ruptura* profunda, no por una continuidad con el pasado. Esta ruptura es la asunción del pensamiento de la diferencia sexual.

Mira, me equivoco cuando hablo de la construcción del sujeto mujer, me dejo llevar por las palabras. Pienso que un sujeto no se construye, es el resultado imprevisto de un desplazamiento que se hizo posible por circunstancias diversas, es el encuentro de un punto de vista nuevo que permite nuevas perspectivas.

Este nuevo punto de vista no ha sido objeto de una búsqueda simplemente porque no se suponía su existencia, se lo encontró de improviso con un desplazamiento repentino. Sólo de este punto de vista nuevo se pueden ver las acumulaciones, como las llamas tú, yo prefiero llamarlos rastros, que otras mujeres antes

de nosotras han dejado en la historia. Esta visión no construye el sujeto, pero lo confirma, lo demuestra. Es este el proceso en el cual hoy nos hallamos empeñadas.

El sujeto mujer ya existe en la medida en que estamos empeñadas en su confirmación, estamos en busca de sus rastros. Pero quiero arriesgar aún más y te digo que las mujeres inventan estos rastros porque deben inventar los métodos para llevarlos a la luz. ¿Qué importancia tenía decir que estos rastros existían antes, si antes eran material inerte e invisible? Toman vida con nosotras, por otra parte, todo mundo nos ha inventado sus verdades cuando ha sido posible y necesario hacerlo... ¡no vamos a pensar que somos depositarias de verdades universales y eternas justamente nosotras!

¿Pero qué hizo posible la apertura de este punto de vista nuevo, qué ha hecho posible la capacidad de inventar la verdad propia?

Las circunstancias que han permitido esto son diversas: cierta fase de la cultura occidental, la entrada de las mujeres en el denominado trabajo productivo, con las contradicciones de sentido que eso ha acarreado, la aparente desaparición de la separación entre los sexos que llevó a la desaparición de los lugares de las mujeres —hoy la separación de los sexos se representa materialmente sólo en los baños públicos—, el acceso a la cultura por parte de las mujeres, el “descubrimiento” de la condición femenina con el análisis de la opresión. Pero si tú me preguntas en qué relación está el pensamiento de la diferencia sexual, al cual le atribuyo la aparición del sujeto femenino, con el pensamiento precedente de las mujeres, que innegablemente ha existido y también ha determinado todas aquellas circunstancias que enumeré, te respondo que no es en relación de continuidad sino de profunda ruptura.

El pensamiento de la diferencia sexual pulveriza el pensamiento de la igualdad entre los sexos que dio lugar a cierto tipo de análisis y consecuentemente a cierto tipo de luchas. Hoy estos análisis nos parecen insuficientes, ingenuos, paradójicamente demasiado optimistas; impulsados por un abstracto ideal de justicia, no daban cuenta de la complejidad de un sujeto como las mujeres sobre las que se ejerció un poder de negación tan fuerte que pasaron no sólo a través de la pena de soportarlo sino también por el placer de sufrirlo. Un ideal abstracto de justicia esconde siempre la nostalgia por un mundo de los sentidos límpidos, donde los buenos están por un lado y

sufren el poder ejercido por los malos que están del otro. La relación entre los sexos no está regulada por la justicia o por la injusticia sino por profundos flujos de sentidos recíprocos, por secretas economías determinadas por la historia de cada sujeto, por tácticas y estrategias recíprocas. Si tú lo piensas, el concepto de complementariedad entre los sexos, así como se ha formulado hasta hoy, es de una superficialidad absolutamente idiota; y sin embargo, aún hoy determina todos los métodos de todas las ciencias humanas. Si hay complementariedad (pero creo que deberíamos encontrar otra palabra menos pacífica) debe buscarse en una economía de relación más profunda y oculta que sólo el pensamiento de la diferencia sexual en su complejidad puede llevar a la luz.

El pensamiento de la diferencia sexual, en su radicalidad crítica, cambia todo, plantea nuevas preguntas, pone en crisis categorías que parecían eternas, y consiguientemente pone en crisis metodologías de investigación, obliga a repensar la historia, la filosofía, las ciencias, empieza a formular estrategias diferentes, nuevas, inauditas en lo social, como sólo pueden serlo las estrategias de un sujeto inaudito en lo social.

Bia: Hablemos entonces de la diferencia sexual. ¿Qué entendemos, cuando la nombramos? Y, consiguientemente, ¿qué es el pensamiento de la diferencia sexual?

Me perdonarás si empiezo por lo obvio. En principio, si así se puede decir, están los dos sexos, la mujer y el varón y, como es evidente para todos, no se trata de entidades aisladas, sino de elementos de una relación, tanto en el plano material como en el lingüístico-lógico. Diferencia es la denominación de esta relación; masculino y femenino son los polos de una relación de diferencia. Repito y subrayo estos conceptos elementales por un lado, ricos en implicaciones por el otro, porque deseo que sea claro que, para mí, el pensamiento de la diferencia sexual es el pensamiento en torno de una relación. Temo en cambio que acontezca que se conceptualice la diferencia como una sustancia, como si las modalidades lógicas del operador "diferencia" fueran las de una operación aritmética de sustracción: se quita a los sexos lo que tienen en común y queda la sustancia, del varón y de la mujer.

No creo que éste sea justamente tu pensamiento, y aquí sobre todo exagero, por comodidad de razonamiento. Pero no entiendo

bien qué quieres decir cuando dices "asumir la propia diferencia sexual", salvo cuando precisas que se trata de un sistema de referencias conceptuales y relaciones sociales en construcción. Pero a veces pareces referirte a un elemento "en más", algo de cuya presencia depende el surgimiento, tal vez automático, de una nueva identidad.

No creo que te sorprenda esta observación mía sobre la diferencia sexual como relación: estaba implícita en las cosas ya dichas.

Del ámbito de lo femenino la atención se traslada a la línea del confín, a la naturaleza de la relación que estructura la diferencia sexual. Como tú dices, se trata de una operación totalmente nueva, de vertiginosas profundidades. Se trata de conjugar la debilidad y la integridad, la parcialidad y la fuerza, para inventar nuevas formas.

Alessandra: En la asunción de la propia diferencia no hay ningún *en más* sino justamente esta asunción. Te digo esto porque por tanto tiempo he tratado de hacer de mi diferencia sexual un *de menos*, en el sentido de que traté tenazmente de olvidarla. De hecho no es automático ser mujer y asumir la propia diferencia sexual. Si las circunstancias de la vida nos han proporcionado un poco de inteligencia y carácter, el primer impulso es negarla. Pero pronto nos damos cuenta de que mediante esta negación no se obtiene nada, como no se obtiene nada de la sencillla aceptación.

Uso el verbo asumir, porque al contrario del verbo aceptar, expresa en mayor medida la voluntad activa del gesto. *Ad-sumere*, acercar a sí. Yo asumo mi ser mujer y éste es el gesto que cambia la perspectiva. No sé si alguna vez viste ese dibujo que primero parece representar el fin de una escalera sin salida, luego si lo miras largamente se invierte, se revoluciona y aparece la escalera que lleva arriba, que lleva al exterior. A nosotras las mujeres nos está sucediendo justamente eso.

Diciembre de 1985